

Construcciones de masculinidad en estudiantes de nivel medio superior. Entre la traición y la tradición¹

Laura Isabel Cayeros López

Ma. del Rocío Figueroa Varela

Paulina Vilchez Flores

Hablar de género y juventud es retomar dicotomías entre nuevas y viejas formas de pensar, identificar tradiciones a debate, considerar la rebeldía ante las estructuras y normas establecidas, además de la búsqueda de nuevas formas de ser, hacer, estar. En la posmodernidad se edifican entre los y las jóvenes nuevos héroes, nuevos relatos y nuevas ideologías, que si bien son originadas y subsisten bajo halos de actualidad, en el fondo, son sustentadas en antiguos condicionamientos sociales. La juventud actual se debate entre las esferas de la tradición y la modernidad, contrario a lo que sus padres, los adultos, podrían pensar.

El objetivo de este artículo es abonar a la reflexión sobre las construcciones de género patriarcales presentes entre la juventud de educación media superior, inmersa en paradigmas posmodernos, y evidenciar cómo la masculinidad se mantiene a debate: entre la tradición y las nuevas formas de ser varón..

El escrito parte de la premisa de que el deber ser y deber hacer de hombres y mujeres en la actualidad, si bien se ha modificado, mantiene atributos femeninos y masculinos patriarcales que definen las relaciones de género de y, eventualmente, propician conflictos inter e intra géneros entre los y las jóvenes, de quienes pensamos que han superado estas construcciones.

1. Masculinidad y Femenidad

En el apartado anterior, se puede observar como a partir del género se construye lo que socialmente se conoce como masculino y femenino.

¹ Ponencia publicada 2013, en el III Encuentro Internacional de Investigación en Género. Estudios de Género en el Siglo XXI: Experiencias de Transversalidad. Realizado en junio de 2013 en Acapulco, Guerrero págs. 1015-1027. **ISBN: 978-607-513-054-5** Disponible en <https://sites.google.com/site/investigaciondegenero/laura-isabel-cayeros-lopez-ex>

Martha Ramírez señala que “la masculinidad y feminidad son construcciones sociales en donde cada cultura le otorga significados específicos a cada uno de ellos” (Ramírez, 2003: 39). De otra forma, Pablo López y Carlos Güida expresan que hablar de lo masculino y lo femenino desde el género , implica afirmar que las culturas construyen los modos de ser mujer y de ser varón (López y Güida: 2000).

Retomando lo que nos dice de Beauvoir acerca de que no se nace mujer, si no que se llega a serlo, entonces se puede aplicar la misma expresión para el varón.

Tod Sloan y Rubén Jirón (1999) citados en los textos de la escritora Lina Torres, especifican que por masculinidad “se entiende todo aquello que se relaciona con la conducta característica de los hombres en una determinada sociedad o cultura”. La masculinidad es entonces, un conjunto de valores, características y formas de comportamiento que una sociedad establece acerca del deber ser de un hombre. Así los hombres aprenden a comportarse como tales, de acuerdo con el momento histórico y lugar en donde viven (Torres, 2004: 274).

Retomando los textos de Nelson Minello, podemos mencionar acerca de lo que el antropólogo Matthew Gutmann formuló para comprender el término masculinidad, donde especifica que este concepto se relaciona con “todo aquello que hacen o piensan los hombres; hagan o piensen para ser hombres; lo que piensan o hacen algunos hombres considerados paradigmáticos, y las relaciones femenino-masculinas”, es decir, “las relaciones de género ” (Nelson Minello, 2002: 719).

Minello agrega también a esta conceptualización, que la masculinidad puede considerarse un papel en la organización social, referido al rol que debe desempeñar todo varón dentro de la sociedad (protector, proveedor, padre de familia), una esencia inscrita en la naturaleza de los varones y un atributo personal o rasgo de personalidad que los hombres poseen en distintas magnitudes y que puede ser más o menos permanente (Nelson Minello, 2002: 719).

A la feminidad se le atribuye una serie de condiciones y características socioculturales y corresponde aquellos rasgos específicos de la mujer. Carmen Caamaño y Ana Rangel, sostienen que “la feminidad ha estado definida como lo no masculino, lo opuesto en la díada feminidad/masculinidad, hombre/mujer” (Caamaño y Rangel, 2002: 82).

Marcela Lagarde asienta la feminidad como un conjunto de aspectos corporales y subjetivos mediante los cuales las mujeres se reconocen y conciben a sí mismas, a sus sentimientos y actos, afirmando que es “una distinción cultural históricamente determinada, que caracteriza a la mujer a partir de su condición genérica y que las características de la feminidad son asignadas como atributos naturales, eternos e históricos, inherentes al género y a cada mujer”, añadiendo la idea de que las mujeres deben tener actitudes, creencias, formas de pensar, comportamientos, lenguajes, relaciones específicas y que deben realizar ciertas actividades con la finalidad de demostrar que son realmente mujeres y que cumplen con su papel femenino (Lagarde, 1990).

Catalina Recio y María López, ejemplifican estos términos, señalando que desde el momento de conocer el sexo del futuro hijo (a), ya sea al nacer o antes de ello, los padres imaginan o conciben una determinada forma de ser para su hijo/a, en donde adjudican una serie de ideas, expectativas y clichés preconcebidos que terminarán por designar el género (masculino/femenino) al que pertenecerá esta persona (Recio y López, 2008: 250).

Ciertamente, tanto la masculinidad como la feminidad se desarrollan en función de la época, el contexto y la zona geográfica, por lo que pueden sufrir cambios o ser reconstruidas con el paso del tiempo y por aquellos aspectos económicos, políticos, familiares, históricos o socioculturales.

Cuadro 4. Mitos, ritos y tabúes de la masculinidad

Mitos	Ritos	Tabúes
El poder, la dominación, la competencia y el control son esenciales como prueba de la masculinidad	Su primera relación sexual, algunas ocasiones implica tener relaciones con una mujer que no es su pareja para demostrar que ya es todo un hombre	Homosexualidad y bisexualidad
El autocontrol, el control de los otros y sobre su entorno son esenciales para que el hombre se	Para el hombre es todo un rito conquistar a la persona que pretende sea su pareja	Incesto

sienta seguro		
La vulnerabilidad, los sentimientos y emociones en el hombre son signos de feminidad, y deben evitarse	Ritos de sangre: en algunas culturas los adolescentes varones tienen que pasar por atroces torturas físicas o mentales como prueba de iniciación	Sufrir violencia por parte del sexo opuesto
La sexualidad es el principal medio para probar la masculinidad; la sensualidad y la ternura son consideradas femeninas y deben ser evitadas	Separar a los niños de sus madres y de la comunidad de mujeres también es un ritual en algunas tribus	Infidelidad femenina
El éxito masculino en las relaciones con las mujeres está determinado por la subordinación de la mujer a través del uso del poder y el control de la relación	En algunas regiones, los jóvenes se les obliga a tener relaciones sexuales con hombres mayores para ser todos unos hombres	Disfunción sexual
El éxito en el trabajo y la profesión son indicadores de la masculinidad	Ritos de purificación como el bautizo y ritos de paso como el matrimonio.	Prostitución Masculina

Fuente 4: Elaboración propia a partir de la revisión de artículos electrónicos y los libros : Rutas de la masculinidad de Rafael Montesinos (2007) y el machismo Invisible de Marina Castañeda (2007).

2. Género y Violencia entre los y las jóvenes

Las construcciones de género, es decir, del deber ser y deber hacer de hombres y mujeres y las relaciones entre ellos, son discursos, prácticas y referentes de la forma de situarse en el mundo de unos y otras. Gracias a Simone de Beauvoir y sus planteamientos en *El Segundo Sexo*, y a la posterior Teoría Feminista, hoy podemos reflexionar y desnaturalizar todo el habitus (Bourdieu, 1992) del ser hombre o ser mujer en distintas sociedades, es decir, deconstruir el halo esencialista sobre lo propio, lo apropiado y lo adecuado para hombres y mujeres en sociedad y en relación.

En este tenor, vale la pena retomar la propuesta de periodización metahistórica del ser mujer (y ser/hombre, por contrapartida) de Lipovetsky (1999). Lipovetsky considera, a partir del rol que la sociedad le otorga a las mujeres, tres periodos que moldean la identidad femenina: la mujer premoderna, moderna y posmoderna y podemos deducir, dado que el género es una categoría relacional, también se modifica la identidad masculina.

El primer período, el autor lo llama de “la primera mujer”. Se caracteriza por un claro desprecio del varón hacia la mujer/lo femenino, por lo que lo femenino se encuentra subordinado a lo masculino, el orden dominante; en estas sociedades se instaura la División Sexual del Trabajo y las actividades exclusivas de la mujer son de orden androcéntrico; la ignorancia y naturalización de las actividades otorgan a la mujer propiedades míticas y peligrosas, ya que su rebeldía atenta contra el orden “natural” socialmente establecido. He aquí el primer sesgo de género: la naturalización de las construcciones de género en opuestos binarios (hombre-mujer, fuerte-débil, activo-pasiva, poder-dominación, listo-tonta, proveedor-mantenida, racional-sentimental).

Al segundo período, Lipovetsky lo llama de “la mujer exaltada” (Lipovetsky, 1999:216), y como su nombre lo supone, exalta las características consideradas “naturales” de la mujer: la maternidad, el ser para otros, el cuidado, la enseñanza cariñosa, sensibilidad, gracia, belleza, entre otros atributos. El autor lo ubica a partir del siglo XII (en una clara visión lineal del tiempo) y las instituciones sociales imperantes, Estado Feudal-Iglesia-Fábrica- ubican a la mujer en la casa, el hogar, lo privado, atendiendo las actividades de reproducción de satisfactores para la familia, frente a la producción de satisfactores para la riqueza que realizaba el varón. Por lo demás, las

mujeres continúan sujetas a las decisiones de los hombres de la casa (padre, esposo, hijo, hermano, suegro, cuñado).

Finalmente y ya rumbo a la modernidad, el tercer período Lipovetsky lo ubica a mediados del siglo XX, como una consecuencia de las sociedades de consumo, donde las mujeres fueron (y son) las principales receptoras de los mensajes semióticos y visuales de la liberación femenina a partir de los electrodomésticos (que la libera de las actividades domésticas), la seducción (liberación sexual) y la moda (otorgándole su pase a la modernidad). Una vez liberada de sus actividades “naturales”, la mujer puede trabajar fuera de casa, significando un ingreso más para el hogar en épocas de crisis. El discurso predominante es el de la igualdad entre hombres y mujeres, donde las mujeres toman por asalto el ámbito de lo público pero el privado queda falto de democracia doméstica plena (Lipovetsky, 1999:230).

Tras este último período, además, surgen las confirmaciones y reacciones de las identidades femeninas y masculinas, en este orden, derivado del cuestionamiento de los roles tradicionales por parte de las mujeres, y las desestabilizaciones en los roles masculinos tras la entrada de las

En esa construcción social de la juventud posmoderna, se articulan entonces los valores y las creencias de la familia del joven, el lugar en donde habita en contexto social e histórico, con lo que la modernidad líquida (Bauman, 2003) suministra, para configurar sus estilos de vida, sexualidad, participación ciudadana, proyecto de vida e identidad y también reconsideraciones en el espacio-tiempo, uso de nuevas tecnologías, relaciones interpersonales y de socialización, desculturización, desterritorialización, pobreza, marginación, vulnerabilidad.

Coexisten así dos paradigmas en un grupo poblacional bastante grueso sobre todo en América Latina: los y las jóvenes que actualmente están culminando su paso por la etapa juvenil, todavía alcanzaron a vivir tradiciones y construcciones de género de sus culturas con discursos y prácticas en transformación, pero guardan en su memoria tales costumbres y valores; asimismo, les tocó vivir la explosión de las tecnologías y la informática. Y dentro de esto, aparecen nuevas formas de violencia de género y de construcción de masculinidades.

2. Las masculinidades juveniles

Las construcciones de género se transforman en contextos de la modernidad y la posmodernidad. El sistema patriarcal tiene como cualidad ser metaestable como régimen de dominación ejercido por los individuos los cuales, al mismo tiempo, son moldeados por él, a decir de Amorós (2005). Puleo afirma “que el patriarcado sea metaestable significa que sus formas se van adaptando a los distintos tipos históricos de organización económica y social, preservándose en mayor o menor medida su carácter de sistema de ejercicio del poder y de distribución del reconocimiento entre los pares (Puleo, 2005).

En este sentido, una de estas formas que se adaptan en los distintos tipos y momentos históricos son los estereotipos y roles de género, lo culturalmente propio y apropiado de mujeres y hombres, aunque siempre preservando la oposición binaria entre masculino/femenino- público/privado, a partir de la división sexual del trabajo primitiva, en donde las mujeres le fueron asignadas las actividades de reproducción a partir de la tríada gestar-parir-amamantar, y a los varones las de producción por la dupla fecundación-fuerza física.

Así, entre los y las jóvenes se resignifican concepciones tradicionales del ser hombre/ser mujer y de las relaciones que “deben” imperar entre unos y otras. De este forma, haciendo un ejercicio de deconstrucción y observación entre los y las jóvenes, encontramos referentes aparentemente superados, como expondremos a continuación.

Uno de los primeros discursos que se deben deconstruir para avanzar en el análisis de las relaciones de género entre los y las jóvenes versa sobre la pretendida igualdad entre hombres y mujeres aparentemente conseguida en la actualidad.

Un aspecto negativo de las políticas públicas, los discursos mediatizados a través de los medios masivos de comunicación y el golpeo de figuras públicas que se autodenominan feministas es la inoculación contra las formas de desigualdad e inequidad existentes entre hombres y mujeres. En otros términos, nos han vacunado contra la búsqueda por igualdad y equidad, dotándonos de anticuerpos aparentemente progresistas.

Así, los y las jóvenes consideran que las condiciones actuales son de igualdad para unos y otras, que ambos sexos tienen acceso a las mismas oportunidades y justifican los eventos que se contraponen a esta postura bajo el discurso de la toma de decisiones individuales, sobre todo en lo concerniente a lo femenino. Frases como “las mujeres no terminan sus estudios porque no quieren”, “casarse y/o embarazarse joven es una decisión”, “hay mujeres que prefieren quedarse

en casa y atender a la familia”, “la violencia contra las mujeres es contra aquellas que se dejan”, son frases que los jóvenes toman como ciertas y que justifican la desigualdad en las oportunidades y la violencia ejercida contra las mujeres.

Los y las jóvenes se instalan así en el estadio moderno de mujeres y hombres (a decir de Lipovetsky) en donde la igualdad no llega a lo público porque ambos deciden que el lugar de éstas es el hogar, con todas las actividades, reconocimientos y limitaciones que éste implica, además de la toma de conciencia de las disparidades que se generan en lo público a partir del replegamiento de las jóvenes en lo privado: menor ingreso familiar, el no ejercicio profesional de jóvenes con estudios universitarios, la escasa participación en la vida pública, todo en aras de la preservación de la familia, según sus discursos. Así, el hombre continúa siendo la medida de todas las cosas públicas por decisión consensuada, parafraseando a Protágoras.

En la esfera pública, el discurso de la igualdad permea las oportunidades de acceso a recursos, posiciones y reconocimiento/respeto hacia la labor de las mujeres. El no establecer mecanismos claros para superar condiciones de inequidad, por ejemplo para la inserción laboral, la participación en puestos de decisión, la igualdad salarial, continúan generando desventajas para las mujeres jóvenes, quienes al reclamar estos derechos son acusadas de “feministas” bajo una concepción errónea y peyorativa de la palabra como antónimo de “machista”, aludiendo estar en contra de los hombres y también de las mujeres que sobrellevan el rol y estereotipo tradicional.

Finalmente, también se les acusa a las jóvenes de no desear modificar las condiciones de desigualdad por no convenir a su *modus vivendi* ancestral: el matrimonio como destino que implica la manutención, las prerrogativas de la “caballerosidad”, el status quo de ser casada, embarazada, madre. La falaz comodidad de ser objeto en lugar de sujeto.

De este modo, el discurso de la igualdad entre los géneros impacta de manera negativa en toda una estructura social que lo significa, lo limita y lo sanciona en muchos de los casos.

Las condicionantes de género las encontramos en los estereotipos de estética vigente y los estigmas que sufren al momento de la convivencia social. Entre la juventud, es requisito ser bello para ser popular; entre las chicas encontramos patrones que determinarán sus relaciones amorosas, sus grupos de relación, su popularidad: delgadez casi extrema, tez blanca, maquillaje, cabello arreglado (con o sin tinte, lacio o ligeramente rizado), uñas decoradas, además de vestir según las ordenanzas de la moda vigente. Las chicas que no se adaptan a estos patrones, son

marginadas. Para los varones los requisitos son más laxos o variados, pero en tanto más se alejen de ellos, menos populares serán entre las muchachas: ninguna quiere un novio poco agraciado, sin dinero o “demasiado” dedicado a las labores académicas (los llamados nerds, ñoños o tetos). Fuera abajo con con el dicho “Los hombres deben tener las tres F’s: ser feos, fuertes y formales”.

Aunado a esto, los y las jóvenes estigmatizan por razones de sexualidad basados en construcciones de género. Dentro del grupo y aunque en el discurso lo nieguen, serán marginados los varones con explícita o aparente preferencia homosexual tanto hombres como por mujeres. Por su parte, las mujeres todavía son enjuiciadas en función de su experiencia sexual (cierta o infundada). Los grandes relatos de la heterosexualidad obligatoria y la virginidad femenina vigentes entre la juventud. La heteronormatividad en su plena expresión.

Por otro lado, las nuevas tecnologías (Elster, 1991) en boga entre los jóvenes son los nuevos fetiches de bolsillo. Los y las jóvenes ponen su fe, su seguridad, su suerte y éxito, su bienestar en esos pequeños artefactos que mediatizan las relaciones no solamente entre ellos, sino hacia ellos. El teléfono móvil es el tótem de la tribu juvenil: es emblema, rango y status; nos habla de la ascendencia personal, de las prácticas entre el grupo que lo comparte, y su uso causa efectos psicológicos, de socialización y de comunicación a través de sus particulares códigos lingüísticos. El teléfono móvil no es un objeto: es EL objeto.

Aunado a esto, observamos cómo las redes sociales moldean a la persona. Es el ciberespacio la esquina donde se reúnen los amigos del barrio a socializar, intercambiar ideas, formar colectivos, se disputan el territorio, se realiza el coty (cotilleo) transcurre la vida. Es el encuentro de amigos de la infancia, los amigos y enemigos, la formación de contactos. Las redes sociales (cuales actantes) marcan las pautas de las relaciones entre ellos y ellas. Las redes sociales los definen y unos y otras se definen en las redes sociales.

Los medios masivos de comunicación son en la actualidad reflejo y escaparate de la condición juvenil. Dictan modas, valores, aspiraciones, además de mediatizar la mirada, la reflexión y la acción de la juventud. Desde esta trinchera se han dictado nuevos mandamientos y se ha dado la promesa de la tierra prometida, cual Sinaí. Mas los nuevos decálogos distan mucho de los primeros diez; hoy, se decreta sobre las relaciones sociales y sexuales, la moda, la belleza, el culto al cuerpo-salud, se dirige el consumo, se oferta el estilo de vida, se moldea la reflexión, se estandariza la opinión.

Bajo estos argumentos, se diluye la mujer premoderna y se posiciona la posmoderna bajo la exaltación de la modernidad. Así, en estas sociedades de consumo donde las mujeres son las principales receptoras de mensajes semióticos y visuales en el afán de la liberación femenina (doméstica, sexual) y bajo un discurso aparente de igualdad, se exagera la mujer grácil, bella, sensible, cuidándose para otros y cuidando a los otros asumiendo a la par actividades de producción y reproducción.

El problema de estos discursos masivos radica en los dobles mensajes que generan y que efectivamente reivindican los discursos patriarcales de división sexual del trabajo, de los afectos, de las prioridades. Dificultan la búsqueda de nuevas formas de masculinidad y, por lo tanto, la posibilidad de generar otras relaciones entre hombres y mujeres con mayor democracia en los distintos ámbitos de la vida pública y privada y, eventualmente, sociedades con equidad.

3.. Para concluir

El ser hombre o mujer joven hoy se disputa entre la tradición, la modernidad y los nuevos aires en el ser y quehacer de lo femenino y lo masculino. Entre los y las jóvenes se observa la desestimación de los discursos patriarcales al presentárseles nuevos ejemplos sobre la masculinidad y la feminidad, mas los ponen en duda al momento de valorar su éxito, las aspiraciones personales y las dificultades que éstos entrañan por las modificaciones de la cotidianidad inter e intra genérica que suponen y la desestabilización de la estructura social que, desde distintas trincheras, previenen.

Al profundizar en sus discursos, creencias y aspiraciones, nos damos cuenta de los paradigmas que aún subsisten entre ellos y ellas. Entre ellos, se escuchan frases como estas: “para novia, cualquier, para casarme, una que sí lo amerite”, “sí quiero una esposa que atienda a mis hijos, porque si los dos trabajamos, luego se meterán en problemas”, “ahora ya las mujeres estudian y trabajan, pero la responsabilidad del hogar sigue siendo nuestra”, “a mi ya no me importa si una chica es virgen o no, pero me gustan que sean de menor (estatura, peso, estrato social) que yo”. Por su parte, las chicas aún piensan: “que él pague todo, si quiere azul celeste, que le cueste”, “yo sí quiero casarme con un hombre que me mantenga y quedarme en mi casa atendiendo a mis hijos”, “hay que ser discretas, que no piensen mal de una”, “la virginidad ya no se usa, pero sí quiero que mi marido me vaya a pedir, que mi papá me entregue en la iglesia y de blanco inmaculado”. ¿Cuál es, entonces, la novedad, lo posmoderno?

La novedad para el análisis es la percepción de posmodernidad que impera en la vida social de jóvenes y adultos, y las prácticas, discursos y creencias tradicionales que efectivamente se aprecian en la cotidianidad, respecto a las construcciones de género. Desde este prisma, el llamado conflicto generacional sustentado en la pérdida de los valores (patriarcales), se observa más como un desencuentro en los discursos intergeneracionales, y el conflicto entre géneros, se aprecia como un reacomodo, la metaestabilización del sistema.

Los mecanismos del sistema patriarcal son tan poderosos que pese a la innovación que representan las nuevas actitudes de vida de los jóvenes, se impone y se reproducen bajo nuevas formas, nuevos empleos objetales, nuevas apariencias, nuevas estéticas pero, no ofrecen un cuestionamiento estructural al sistema; sino más bien, lo actualizan justificando sus valores y sus procesos de dominación. Las relaciones de género se replantean pero no se modifican de fondo, se expresan de diferente forma pero las líneas de dominación siguen siendo las mismas. “La juventud es una enfermedad que se cura con los años”, es una divisa que explica el gatopardismo que impera en las generaciones de la posmodernidad que acelera los cambios dentro de una línea constante de definición del sistema.

La masculinidad y la feminidad buscan nuevas formas de cimentarse buscando que las contradicciones en el decir, el ser y el quehacer no den lugar a pugnas sino a reconciliaciones. Los y las jóvenes así lo perciben y así lo edifican en el día a día. Finalmente, el reto es encontrar las formas de superar los mitos, ritos y tabúes en vías de que la equidad, la democracia inter e intra géneros, donde las relaciones equitativas entre los géneros sean una posibilidad real y no un discurso reaccionario actualizado. Curiosamente, la juventud le huye a los discursos, más no a sus propuestas.

Bibliografía

Arango, L. 2004. Jóvenes en la universidad. Género, clase e identidad profesional. Colombia: Siglo del Hombre Editores/Universidad Nacional de Colombia.

Bosch, E. y Victoria Ferrer. 2002. La voz de las invisibles. Las víctimas de un mal amor que mata, Madrid: Ediciones Cátedra/Universitat de València/Instituto de la Mujer.

Burkle, M. 1997. "La post-televisión y la construcción de la sexualidad de la mujer", en Razón y Palabra, julio de 1997. Consulta el 14 de abril de 2011 (<http://www.razonypalabra.org.mx/mcluhan/post.htm>)

Castañeda, M. 2004. La experiencia homosexual. Para comprender la homosexualidad desde dentro y desde fuera. México: Editorial Paidós Mexicana, S.A.

Castañeda, M. 2007. El machismo invisible regresa. México: Santillana, Ediciones generales, S.A. de C.V.

Chávez, J. (2004). Perspectiva de género. México: Plaza y Váldes, S.A. de C.V

Lipovetsky, G. 1999. La tercera mujer. Permanencia y revolución de lo femenino. Barcelona: Anagrama.

Pérez, J. 2010. Encuesta Nacional de Juventud 2000. Consulta el 10 de febrero de 2011 (http://www.conadic.salud.gob.mx/pie/enc_juventud_2002.html)

Montesinos, R. 2002. Las rutas de la masculinidad. Ensayos sobre el cambio cultural y el mundo moderno. Barcelona: Gedisa, S.A.

Puleo, A. 2005. "El patriarcado, ¿una organización social superada?". Consulta el 15 de febrero de 2011 (<http://www.nodo50.org/tortuga/El-patriarcado-una-organizacion>)

Urzúa, D. 1998. "Juventud, socialización y medios de ¿comunicación? La crisis en las pantallas" en JovenEs IV Época no. 7, pp. 28-45.